



## 8 LOS TRES PIES DEL GATO

Soy experta en defender ese tipo de causas que mi madre define como las de los tres pies del gato, aunque el ejemplo no sea el más propicio, o sí. De cualquier forma, no creo que a Matías le molestase esa pizquita de sarcasmo. Él mismo acostumbraba a usar el humor esquinado para apostillar sus discursos cuando se sentía incómodo. Así lo hizo la mañana que entró en el bufete. Caminaba como una bailarina de samba que ha perdido el ritmo y mueve su cuerpo al son de una música distinta a la que suena. Lo balanceaba de un extremo a otro de su propio perímetro antes de dar cada paso, como si un ser invisible le empujara por los lados al modo en el que un adulto espolea el sillín de un niño en un columpio. Como el propio Matías dijo al llegar a mi altura una vez terminó de recorrer los pocos metros que separan el umbral de la puerta de entrada a la oficina de la puerta de mi despacho, era el único hombre del mundo que había recorrido más distancia de lado que de frente. No entendí la broma hasta que se hubo marchado, aturdido como lo estaba por aquel despliegue físico que convertía el simple acto de caminar en un extraño carnaval carioca.

En la primera reunión con un cliente, esa en la que me expone su situación, éste trata de convencerme de sus razones como si estuviese alegando antes de escuchar el veredicto frente al jurado que determinará la suerte de su causa, pero Matías prefirió sacarme de la zona de confort que regala el silencio obligándome con el suyo a preguntarle el motivo que le había llevado a mí. Seguro de sí mismo, no tuvo ningún inconveniente en responder la pregunta que le hice con una pereza algo irreverente.

- ¿Por qué usted? Porque es capaz de defender casos que nadie osaría a aceptar... el de aquel granjero que se querelló contra una vaca por haberle provocado un siniestro... el de la señora que demandó a la cadena de hamburgueserías como responsable de sus muchos kilos de más... el de aquel adolescente que llevó a juicio a sus padres por la mísera paga que recibía... en fin, no hace falta que siga ¿verdad?

Supo parar cuando su discurso comenzaba a irritarme. Soy un abogado serio, y esos casos que resultaron tan mediáticos son los peajes de un necio necesitado que acaba de abrir su bufete hipotecando a todo aquel que por ese entonces tuvo la mala fortuna de acercársele. Por suerte, de aquellos inicios apenas nadie se acordaba ya.



.- No se moleste, no pretendo avergonzarle... se que su carrera cuenta con muchos otros hitos de mayor relevancia, como el de la petrolera a la que le sacó una indemnización de varios millones, o el de la farmacéutica alemana que aún debe estar penando sus apaños en la cuenta de resultados.

Pequé de vanidoso, pero esos apuntes apaciguaron mi malestar. Era seguro que Matías no había llegado a mí por casualidad, ni siquiera por una leve referencia de un tercero, como suele suceder siempre. Matías llamaba a mi puerta con plena conciencia de lo que hacía, y, quizá por ello, no veía el momento de conocer la circunstancia, que ya suponía singular, por la que requería mis servicios sin siquiera preguntar por la cuantía de la minuta.

.- Quiero querellarme contra la Real Federación Española de Esgrima.

Verbo, sujeto y predicado. No me pareció sorprendente, y, al momento, con ese instinto profesional que tenemos todos los abogados y que de continuo nos lleva a cometer errores, me adelanté a los hechos suponiendo que ese deporte tenía que ver con su limitación física, si no como profesional, ya que Matías debía rondar esa edad en la que los otoños gustan más que los veranos, como empleado despedido de alguna forma traumática, pero me equivoqué, ya lo he dicho.

.- Quiero llevar a juicio a la Federación por no admitirme como participante en el campeonato nacional que se va a celebrar el próximo verano.

Hubiera sonreído o incluso se me habría escapado una risotada de no ser porque los ojos de Matías me inquirían en silencio con una frialdad con la que parecía dar por hecho que algo así sucedería. Pero perdí su envite, ya que logré contenerme e incluso le solicité que prosiguiera como si estuviera narrándome las incidencias de un testamento amañado. No obstante, estaba seguro de que todo aquello tenía una causa más lógica.

.- Tengo derecho a presentarme, la ley y el reglamento de la Federación me amparan.

Por favor, deje de moverse hacia los lados y muévase de frente. Fue la imprudente forma de pedirle que fuera al grano. Aquella disquisición que parecía extraída de un diccionario sobraba, por eso se lo reproché con una broma ácida e insolente que, estando en mi derecho y para mi sorpresa, acogió con gran alborozo.

.- Por eso le escogí a usted... tiene huevos y gracia.

Matías pareció tomarse un respiro antes de entrar a narrarme la secuencia que daba sentido a todo aquel disloque. Detrás de lo que parecía una broma caprichosa, debía esconderse una de esas historias de antaño en la que el honor, la muerte, el desamor y el destino conforman los naipes de la baraja con la que juegan los viejos en su memoria. Fui consciente de eso al comprobar en la mirada de Matías el desenfoque con el que miran los que recuerdan lo que no han conseguido olvidar, por lo que le di su tiempo ofreciéndole un café que se antojaba necesario.



.- ¿Ha oído hablar alguna vez de Arturo Lamar de la Osa?

No me dejó responder, lo hizo él reconociendo con un gesto que la historia de cada uno es sólo eso: la historia de cada uno.

.- Arturo Lamar de la Osa es el presidente de la Real Federación de Esgrima, y uno de los miembros del Comité Olímpico Internacional. Estudiamos juntos en el Internado de Dublín al que nos llevaron nuestros padres, y durante más de cuarenta años compartimos amistad y alguna que otra cosa más importante. Años moviéndonos en el mismo círculo de amigos e intereses. Ya imaginaré lo cerrado que resultan los grupos sociales en los que prima el dinero y la posición social. Lo cierto es que por el camino cometí el único acierto de mi vida, enamorarme de su mujer... Y ella de mí. Y también cometí el mayor error de mi existencia, no hacerlo público antes de que Arturo descubriera lo que inevitablemente todo el mundo acaba sabiendo antes que el implicado... ya sabe el refrán.

Matías debió ver en mi pose que aquello, por primera vez, comenzaba a interesarme lo suficiente como para tomarlo en serio. En algún sitio leí que el mundo siempre ha girado en torno a dos polos: el dinero o la entropía de una doncella o doncel, y creo que es cierto. Tanto era así, que le solicité que prosiguiera sin disfrazar mi interés.

.- Bueno, lo cierto es que no lo tomó nada bien, y no le culpo. Ninguno de los dos tuvimos valor para salvarla... ni él la perdonó y se dedicó a amargarle la existencia, ni yo la defendí ofreciéndole una salida, y ambos proseguimos con la función como si nada sucediese. Los dos aceptamos los clichés que nos habían tocado en suerte mientras subsistíamos con nuestras andanzas en medio del discreto devenir de la alta sociedad a la que pertenecíamos... no nos dimos cuenta de que la reputación tiene menos recorrido que el honor. Nuria, así se llamaba, no lo soportó, y un día, volviendo a casa tras una escapada a un hotel discreto de la Sierra, pisó a fondo el acelerador donde debía frenar y caímos por un barranco en el que ella perdió la vida y yo mi caminar de frente.

Volvió el silencio a su relato, como queriendo pausar la celeridad con la que había resumido en apenas unos minutos lo que había sido toda una vida. No me atreví a interrumpirle. Además, él ya sabía el camino a seguir.

.- ¿Y qué tiene que ver todo eso con el caso? Se preguntará. Intentaré ser conciso, los detalles que me calló, si acaso le interesan, los dejamos para el whiskey al que le invitaré si gana el contencioso.



En cuanto a la demanda, le diré que desde aquel día no he dejado de sentirme culpable, mientras que él se jacta, incluso en público, de lo justo que es el destino.

En ese punto Matías volvió a guardar silencio, como si en verdad estuviera razonando la veracidad o falsedad de ese alegato.

.- Tanto Arturo como yo hemos formado parte de la Real Federación de Esgrima desde que éramos jóvenes. Es un mundo con reglas no escritas muy estrictas. En ese ámbito prima el honor y la palabra por encima de cualquier otro valor. De hecho, en el primer desafío de tiradores, el que inaugura el campeonato, la tradición obligada es que participe el presidente de la Federación como acto de respeto y lealtad a la disciplina, valores que no se pierden con la vejez. Es una tradición hermosa, al fin y al cabo.

Lo cierto es que hace un par de meses, durante una cena organizada por la Federación, Arturo, movido por el alcohol ironizó con la elección de la mascota que nos representaría en los mundiales de Osaka el próximo invierno. Según he sabido, me citó como posible candidato intentando ridiculizarme y yo decidí recoger el guante de su crueldad moviendo hilos para ser un participante invitado fuera de marca. La Federación tiene derecho a invitar a tres tiradores que no hayan sido seleccionados por sus propios registros. Se suele usar con los tiradores que han salido de una reciente lesión y no están aún en forma, los que adquieren la nacionalidad española sin tiempo para ser inscritos. Son varios los casos. No se puede hacer una idea de lo mucho que he tenido que trabajar esa ridícula posibilidad apelando a la amistad de muchos que me entendían, a la codicia de otros que no dudaron en venderme su voto a cambio de favores y a la crueldad de los que creen mancillarme con ello sin necesidad de mancharse las manos. Lo cierto es que conseguí que se aceptara mi candidatura, pero la Federación, o mejor dicho, Arturo, se ha negado violando el reglamento establecido. No lo hago mal, créame. Debajo del disfraz de tullido, hay un hombre que sabe manejar el florete con dignidad. El caso es fácil, y estoy dispuesto a pagar la minuta que estime conveniente.

Matías cerró su historia en ese punto. Yo no daba crédito a lo que acababa de escuchar, y así se lo hice saber. Faltaba una pieza, o varias, para que ese galimatías -qué juego de palabras tan propicio- tuviera sentido. Le hice varias preguntas, tan ridículas como las respuestas que me hubiera dado de haberse decidido a contestarlas, pero me pidió paciencia mientras extendía un cheque por una cantidad tan desproporcionada, que ese detalle, no menor, no hizo más que aumentar mi incredulidad. No entendía el caso, y pese a todo lo sucedido a posteriori, sigo sin entenderlo aun conociendo las intenciones de Matías. Él mismo me las confesó esa misma noche por teléfono. Todavía me pregunto cómo pudo conseguir el número de mi casa. Debía haber bebido, porque sin necesidad de interrogarle, él se confesó culpable antes de que nadie pusiese en duda su inocencia.



.- Antes de confesarle mi intención real, debo saber si esta conversación se inscribe en lo que podríamos denominar, secreto profesional.

No esperó a que respondiera, Matías dio por hecho que así era, y estaba en lo cierto.

.- La esgrima es el más noble de los deportes, si es que puede considerarse como un deporte. Quien lo practica lo acaba entendiendo, y al hacerlo cambia la visión que tiene de su propia vida. Por eso es tan menor entre las disciplinas deportivas, poca gente está dispuesta a soportar la incomodidad que aparece aceptar ciertos valores como un sine qua non vital.

Estaba cansado, y poco receptivo a peroratas de snob adinerado, por eso le corte con la pregunta que todo abogado ha de hacerle a su cliente antes de defender su causa.

.- No voy a mentirle abogada, sólo le pido que no se entrometa en mis razones. Usted, al aceptar mi caso, se compromete con el hecho que demando en sí, y no con los motivos que reglan mi humanidad más allá de esa instancia. El dolor que siento por mi pasado, el dolor que me infringe mi cuerpo a cada instante o mis sueños de viejo caballero medieval son razones que sólo le competen a Dios o al Diablo, pero no a usted. Respondo a su pregunta sin problema. Quiero ganar la demanda para poder participar en ese primer desafío de exhibición a florete con Arturo, que lo hará en calidad de presidente de la Federación. Quiero acabar con él o que él acabe conmigo delante de todos aquellos que han formado parte de nuestro cínico círculo vital y que habiendo sido actores secundarios con sus habladurías y maledicencias en nuestra triste desgracia, tienen igualmente la obligación de seguir formando parte de esa película hasta el final. Juraré no haber dicho esto, pero de una u otra forma, con su ayuda o con la de cualquier otro abogado, voy a matar a Arturo en ese duelo si bien él no me mata a mí... qué mejor exhibición que esa.

Después de esta confesión, nadie podría pensar que rechacé el caso, pero lo hice. No sé si fue el miedo a meterme en un nuevo caso mediático que me devolviera a los viejos tiempos, ya que como dijo él mismo, la reputación tiene menos recorrido que el honor, o bien la falta de credibilidad de un caso que consideré menor, pero busqué una excusa razonable para rechazar su oferta no sin antes prometerle que, en verdad, aquella conversación nocturna que yo ni siquiera recordaba, no se había dado.

Lo cierto es que no me llevó tiempo olvidar a Matías y su extravagante sentido del honor en una justa de pabellón deportivo, por eso me sobresaltó la noticia el día que la escuché en el telediario del mediodía.



Según narraba el presentador, un anciano perteneciente a la aristocracia había matado a su contrincante en el habitual duelo de exhibición que servía para inaugurar los campeonatos de España de Esgrima. Según los presentes, el desafío, desde su inicio, había sido muy apasionado, pero nadie pudo suponer que en verdad ambos tiradores estaban combatiendo a muerte tal y como lo hacían sus tatarabuelos en el jardín de sus mansiones. Por lo descubierto por los forenses de la policía, en la punta de ambos floretes había un veneno mortal cuya procedencia aún se investigaba.

Recuerdo que apagué la televisión antes de que el presentador diera el nombre de la víctima y el de su homicida. Y procuré por todos los medios evitar cualquier tipo de información al respecto durante los tres o cuatro días que siguió apareciendo la noticia en prensa, radio y televisión. Y así sigo, sin saber si fue Arturo Lamar de la Osa o bien Matías Rincón Llanes de Matasana, así se llamaba, quien perdió la vida en aquella lid.

Esta es la primera vez que narro esta historia, y lo hago para un concurso literario que organiza el Colegio Oficial de Abogados al que pertenezco. A menudo me preguntan qué es lo que da valor a mi profesión, pero no suelo responder porque odio los tópicos. No obstante, si tuviera que afirmar alguna característica al respecto, diría que lo que en verdad nos hace distintos es poder garantizarles a los demás la posibilidad de ser distintos.